

aparte Maximiliano y Escobedo; en seguida montaron á caballo y seguidos de los oficiales imperiales y de una fuerte escolta, siguieron hasta la Cruz atravesando la ciudad que se mostraba consternada.

Llegados á la Cruz Maximiliano y los adictos que le seguían, desmontaron y después de quitarles las armas fueron puestos en prisión.

Buscado el general Ramón Méndez con premura, al fin fué descubierto en una casa del centro de la ciudad, denunciado por su propio criado que se vendió, y preso en el escondite donde se había refugiado cuando vió que le era imposible reunirse con el Emperador. Conducido al convento de las Teresas en la noche del 18 al 19 de Mayo, y estando seguro de que iba á ser fusilado, recomendó su familia al coronel D. Juan Berna, el mejor de sus amigos. Condenado á muerte violentamente, se le condujo á la Alameda pocas horas después para fusilarlo. Al salir de la prisión mostró grande entereza, encendió un cigarro y fué á dar un apretón de manos á los otros generales presos, entre los cuales estaba D. Tomás Mejía, quien le dijo con los ojos arrasados en lágrimas:

—Méndez, estoy seguro que os mostrareis hoy delante de estas gentes como siempre que las habeis tenido enfrente.

—Estad tranquilo D. Tomás, contestó Méndez.

Quiso éste ver también al Emperador, quien conmovido le dijo:

—Méndez, sois la vanguardia; pronto vamos á reunirnos con vos.

Conducido á una iglesia cercana el sentenciado, se le dieron dos horas para confesarse, comulgar y ver á su familia por última vez; veloz transcurrió ese corto plazo, que al terminar le sorprendió abrazado con su esposa, su hermana y su hijo de diez años; los tres sollozaban y le oprimían entre sus brazos, queriendo retenerle y oponerse á que los abandonara. Ante aquel cuadro, todo ternura, lloraban también los sacerdotes llamados para auxiliar al reo, y aun los militares republicanos que presenciaban tan conmovedora despedida, hasta que un oficial le puso fin, haciendo una seña que Méndez sólo percibió y que significaba que era necesario partir; entonces Méndez, temiendo perder sus fuerzas si aquella escena se prolongaba, al querer decir el último adiós á los seres que le rodeaban, les hizo creer que tenía algo muy importante que comunicar á alguna persona, y que tan sólo se separaba de ellos por un instante para volver en seguida; les dejó con esa esperanza y no volvió más.

Conducido á la Alameda entre hileras de soldados y de curiosos, saludaba sonriendo á todos los que reconocía. No permitió que le vendaran los ojos y murió con valor, fusilado por detrás como traidor. Se le obligó á arrodillarse con la espalda vuelta á los soldados que iban á tirarle; pero al recibir los primeros tiros se volteó y quedó frente á los que formaban el pelotón; ya con cuatro balas en el cuerpo, hace señal de que le tiren á la cabeza; se adelanta el cabo, pone el fusil en la oreja del sentenciado que recibe el disparo para entrar en la eternidad. En la casa frente al lugar donde Méndez fué fusilado, presenciaron la ejecución multitud de oficiales republicanos, y en la misma estaba oculto el genera



*General Refugio González.*

Fiscal sustituto en la causa instruida contra Maximiliano de Hapsburgo y los generales Miguel Miramón y Tomás Mejía. El general González leyó á Maximiliano en la prisión militar de Capuchinas, á las once de la mañana del 16 de Junio de 1867, la sentencia de muerte.

Ramírez Arellano, esperando impaciente el momento oportuno para salir de la plaza y marchar é introducirse á la ciudad de México, lo que consiguió atravesando disfrazado las líneas de los republicanos en Querétaro y después las del ejército que sitiaba esa ciudad. (1)

(1) En 5 de Junio de 1887, dirigió el Sr. José Rincón Gallardo una carta al Sr. Espiridión Moreno, de Lagos, informándole acerca de los acontecimientos que tuvieron verificativo al caer Querétaro. Servía el Sr. Rincón en la División del Sr. Francisco O. Arce. A las 12 de la noche del día 14 se le presentó el general Francisco A. Vélz, con una orden del Cuartel general para que atacara el convento de la Cruz por enfrente y por la barda del Panteón, con dos columnas que debían ser reforzadas con los batallones "Nuevo León" y "Supremos Poderes". Dispuesto ya el ataque, el general Escobedo revocó personalmente la disposición y ordenó al Sr. Rincón, que con el mayor silencio y sigilo posible colocara frente á la barda del Panteón veinticinco hombres á las órdenes de un oficial de toda su confianza, para que recibiera á un gefe que habia de salir de la plaza á las tres de la madrugada. La comisión fué desempeñada por el comandante del 7º batallón D. José M. Rangel, quien condujo á López ante el general Vélz, y después de una corta conferencia entre ambos, dispuso Vélz que Rincón, al mando del "Nuevo León" y guiado por López ejecutara estrictamente las órdenes de este. Así se verificó y fueron sorprendidos en el Panteón tres destacamentos de imperialistas, é igual operación fué ejecutada en las alturas de aquella fortaleza de la Cruz que quedó en poder de los republicanos, así como la artillería y prisionera toda la guarnición.

Al descender de las alturas del convento, encontró el gefe Rincón Gallardo al Emperador en traje de paisano y sin otro compañero que el general Castillo, aquel ordena á los soldados que dieran paso franco á estas personas y así lo verificaron, pues el Sr. Rincón tenía la plena seguridad de que ni remotamente hallarían medio alguno de salvación.

El general Vélz ordenó al citado gefe Rincón Gallardo, que acompañado siempre por López y con el batallón "Supremos Poderes" avanzara para el convento de S. Francisco, é hizo rendir en el camino á algunas fuerzas imperialistas, entre ellas un Regimiento de húsares húngaros. Una vez tomada la posición de San Francisco, el general Escobedo determinó la ocupación de la plaza.

El segundo gefe del Estado Mayor, D. Manuel Guzmán, refiere de la siguiente manera lo que pasaba en el interior del fuerte de la Cruz en la madrugada del día 15: Serian próximamente las cuatro de la mañana del 15 de Mayo, cuando el Sr. J. L. Blasio entró á la pieza que nos servía de alojamiento, en el convento de la Cruz, al Sr. general Castillo y á mí, y me avisó que el enemigo estaba en el camposanto; di conocimiento al citado General, el cual salió violentamente; yo entré á tomar mi pistola á un gabinete inmediato y salí á alcanzarlo. En la pieza contigua á la nuestra residía el Emperador; al pasar por la puerta, el teniente coronel Yablousky que se encontraba allí me dijo: "Coronel, el enemigo está ya en la huerta y en el camposanto". Sin dar contestación alguna, siguió su marcha el Sr. Guzmán en dirección á esos puntos, pues que supuso que en la misma habiase ido el general Castillo, y además quería convencerse por sí mismo de lo que se le habia dicho; atravesó los dos patios que median entre el pie de la escalera y la huerta, sin encontrar un soldado, ni una luz en el tránsito de la parte baja del edificio; atravesó la puerta de la huerta y la obra pasajera que la cubría, conocida con el nombre de "tambor" y al avanzar algunas metros descubrió una línea de tiradores y atrás tres trozos de infantería que le parecieron por los "shacots" que tenían, del batallón de "Supremos Poderes, fuerza que le era bien conocida.

Convencido el Coronel Guzmán, de que el enemigo estaba en plena y absoluta posesión de aquella parte del edificio, regresó con la mayor precaución posible y al llegar al "tambor," se encontró con cinco ó seis oficiales tras los cuales iba López; dirigióse Guzmán á éste diciéndole: "¿qué hay coronel? pero no recibió contestación de López, quien más bien trató de ocultarse tras de los

Esperaba Maximiliano alguna intervención en su favor por parte de la Europa; pero fué grande su sorpresa al ver que transcurrían los días y nada se hacía en su favor, no obstante que el Emperador de Austria había dictado disposiciones que tendían á amparar á su hermano el Emperador de México, previendo que caería prisionero, y para cuyo fin se dirigió al gobierno de los Estados Unidos considerándolo con influencia y ascendiente sobre el de México.

En un cuarto de hora, poco más ó ménos, que estuvo Guzmán allí, observó que algunos individuos que salían del interior y se dirigían á los pelotones de infantería, pusieron en movimiento estas fuerzas, haciéndolas avanzar para el convento por las dos entradas y otra para un gran patio, al que se llegaba por una horadación, y que comunicaba por una parte con la línea de San Francisco y por la otra con la parte baja del Hospital, que sirvió de alojamiento al tercer batallón en los días en que el ejército sitiado tenía fuerzas suficientes para poner un batallón de reserva; pero á la sazón lo ocupaban algunos prisioneros que habían sido dados de alta.

Estando el coronel Guzmán en el lugar donde se le retenía prisionero, vió que López caminaba precipitadamente y que con voz demasiado fuerte, decía: "por aquí mi General, por aquí" estas exclamaciones interesaron á Guzmán, pues creyendo prisionero á López, supuso que el general á quien llamaba era el general Castillo; pero pronto se desengañó de que no era así, pues le hicieron caminar hasta una plataforma, donde le reunieron con siete ú ocho de sus compañeros prisioneros ya. Entonces comprendió el coronel Guzmán, por qué todo lo que había presenciado se ejecutaba con el mayor orden y en silencio, y por qué no habían disparado ninguna de las guardias ni un solo tiro, sin que la de la torre hubiera dado á entender que había sentido aquel movimiento, pues entre los prisioneros que acompañaban al Sr. Guzmán estaban los comandantes de aquellas guardias, menos el de la torre y cada uno fué refiriendo lo que López les había dicho al separarlos de sus puntos; al que guardaba el Panteón le dijo que un batallón del general Márquez, burlando la vigilancia del enemigo, había penetrado á la plaza, y tropa de ese batallón [era la que le seguía para relevar la empleada en aquellos puntos, la cual debía incorporarse al suyo, pues se iba á emprender un movimiento á la madrugada." Al sub-oficial de artillería Hans, le obligó á ronzar su pieza hácia la Cruz, "porque allí se había sublevado una fuerza"; lo retiró de aquel punto é hizo prisionero, dejando una escolta que custodiase la pieza. Cada prisionero fué manifestando la manera con que había sido reducido á la situación que guardaba, y en aquellos solemnes momentos, en que se decía la verdad sin ropajes ni segundas intenciones, todos convinieron en que López era el autor principal de la catástrofe. ¿Por donde había entrado la fuerza enemiga? he aquí un enigma que resolvieron al ver que la tronera de la plataforma donde estaban los prisioneros imperialistas, y por la que se les hizo bajar para llevarlos al campamento republicano, tronera que estaba á dos metros de altura sobre el nivel de la calle, había sido ensanchada y con la tierra que resbalara se formó una rampa que hacía el ascenso sumamente cómodo, siendo de advertir que esa tronera debió estar cubierta por diez hombres de la fuerza de Yablousky, según autorización solicitada por el mismo López.

El ministro austriaco en Washington, Mr. Wydenbruck, recibió un despacho telegráfico de su gobierno el 5 de Abril, y al momento solicitó una entrevista con el ministro Mr. Seward, en la que le dijo: "que el Emperador de Austria había sido informado de que su hermano Maximiliano estaba sitiado en Querétaro, y que la suerte corrida por los prisioneros, después de los combates de Zacatecas, inquietaba al Emperador Francisco José por la vida de su hermano, si caía en manos de los liberales; en consecuencia, había recibido instrucciones para hablar del asunto con el Secretario de Estado de la República norteamericana, y preguntarle si estaba dispuesto á usar de su influencia con Juárez, é inducirle á que respetara en tal eventualidad la persona de su hermano el Emperador de México, usando de esa intervención amistosa en beneficio también de los demás prisioneros, particularmente de los extranjeros. Confiaba el ministro austriaco en que debiendo el partido liberal de México su éxito al auxilio moral del gobierno norteamericano, podía exigir de Juárez que respetara á los prisioneros de guerra.

El gobierno de los Estados Unidos se dirigió desde luego, el 6 de Abril, á Mr. Campbell, su ministro cerca del gobierno de México, manifestándole que siendo probable la captura del Príncipe Maximiliano en Querétaro, excitaba temores el rigor usado con los prisioneros de Zacatecas, y se temía que se ejerciera de manera semejante con el Príncipe y sus soldados extranjeros, esa severidad perjudicial á la causa nacional de México y al sistema republicano en todo el mundo. Por lo tanto se le comunicaría prontamente y por medios eficaces al Presidente Juárez, el deseo del gobierno norteamericano respecto á que, en caso de ser capturados el Príncipe y sus partidarios, recibieran el tratamiento humano concedido á los prisioneros de guerra. Igual comunicación le fué transmitida al Sr. Matías Romero, ministro plenipotenciario de México, con relación á la emergencia temida.

Mr. Campbell que estaba en Nueva-Orleans, envió un comisionado especial con la petición del gobierno norteamericano á la residencia del Sr. Juárez, que era ya San Luis Potosí, debiendo dirigirse el enviado á Galveston y de allí á Tampico por el buque ligero "Blackbird."

El 11 de Abril (1867) recibió el gobierno republicano la comunicación que desde Nueva Orleans le dirigió Mr. Campbell, pidiendo el tratamiento humano en caso de que fuesen capturados el Príncipe Maximiliano y sus partidarios, pues de lo contrario disminuiría la satisfacción y se contendría el curso de las simpatías hácia la República de México. El ministro Lerdo contestó: "que eran inexactos los informes esparcidos acerca de los prisioneros de San Jacinto, cuya mayor parte fué perdonada, aunque acababa de entregarse á todo género de excesos y de crímenes en la ciudad de Zacatecas, peleando como filibusteros sin patria y sin bandera, como mercenarios pagados para derramar la sangre de los mexicanos que defendían su independencia é instituciones; algunos de esos extranjeros aprehendidos en San Jacinto habían sido conducidos á Zacatecas y tratados con gran